

que con sus limosnas contribuyen á porfia á los progresos del Evangelio en este pais, hacen una cosa muy grata á nuestro Señor, pues contribuyen á rescatar á estos pobres idólatras del cautiverio de Satanás : ¿hay limosna alguna mas meritoria ni mejor aplicada que estas? Si esos famosos banqueros que no anhelan mas que amontonar riquezas sobre riquezas conociesen bien sus intereses, contribuyendo á esta buena obra con una pequeña suma, ganarían tesoros inestimables para la eternidad, pero desgraciadamente, este género de usura es demasiado poco conocido.

« En medio de las penas y de las privaciones que paso diariamente, no dejo de estar contento en el estado en que me ha colocado la divina Providencia, y aun me considero mas feliz que los que ocupan los empleos mas lucrativos en Europa.

« Tengo el honor de ser, con profundo respeto, en union de oraciones y santos sacrificios,

« Señores y amados hermanos,

« Vuestro humilde y obediente servidor,

« J. GAGELIN, sacerdote misionero.»

Pasaron algunos años, años de elocuencia, de trabajos y de sacrificios ; y he aquí la *relacion de su martirio*, escrita por él mismo, como la escribirá algun dia la historia á la Iglesia : « *A. M. Jaccard, el 14 de octubre* : Muy señor mio y amado compañero; la nueva que me anuncia vm. me penetra de alegría hasta el fondo de mi corazón. No, con toda

ingenuidad lo digo, jamás noticia alguna me causó tanto placer ; nunca los mandarines probarán otro igual : *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi : in domum Domini ibimus*. La gracia del martirio, de la que soy harto indigno, ha sido desde mi mas tierna infancia el objeto de mis mas ardientes votos, y se la he pedido á Dios especialmente cada vez que he alzado la preciosa sangre en el santo sacrificio de la misa. Dentro de poco voy en fin á comparecer delante de mi juez, para darle cuenta de mis ofensas, del bien que he omitido hacer, y aun del que he hecho. Si me aterra el rigor de su justicia, por otra parte sus misericordias me tranquilizan ; la esperanza de la resurreccion gloriosa y de la bienaventurada eternidad me consuela de todos los trabajos que he soportado, como de todas las penas y de las humillaciones que he sufrido ; perdono con todo mi corazón á cuantos me han ofendido, y pido perdón á todos aquellos á quienes he escandalizado. La vista de mi Jesus crucificado me consuela de toda la amargura que tiene la muerte ; toda mi ambicion se cifra en salir prontamente de este cuerpo de pecado para reunirme con Jesucristo en la bienaventurada eternidad, *cupio dissolvi et esse cum Christo*. No me queda mas que un consuelo que desear, y es el de veros, igualmente que al P. Odrico, por última vez. »

*Al mismo, el 15* : « Mucho deseo veros, y creo que podreis entrar y podreis hablar al Ong-Doi-Ba, que nos es bastante favorable ; en caso de que haya

dificultad, me consolais diciéndome que hareis todo lo posible por venir. Deseo confesarme y recibir el sagrado viático antes de entrar en mi eternidad. Creo muy bien, como me decis, que no me condenan sino *in odium religionis*, pues el Bo no me hace pasar ningun interrogatorio. Seria esencial tener una copia de mi sentencia, y sobre todo saber el dia en que será ejecutada, porque creo que es costumbre ocultárselo á los reos. La noticia que me habeis dado de que estoy condenado á muerte no me ha causado mas sensacion que la de un vivo contento : he dormido esta noche tan sosegadamente como siempre, y no he perdido nada de mi habitual apetito : solo me incomoda bastante la canga<sup>1</sup>, y me cuesta mucho trabajo estar sentado. Cuando escribais á Europa, os ruego que anunciéis mi muerte á la *propagacion de la fe*, que hasta ahora ha mostrado tanto celo por las misiones estrangeras : ciertamente no olvidaré delante de Dios á los miembros de la sociedad de la *propagacion*, si tengo la felicidad de ir al cielo, como lo espero. Recomendadme á las oraciones de las almas fervientes. »

Esto escrito, y acabado el *canto del cisne*, « el 17 de octubre de 1833, á cosa de las siete de la mañana, anunciaron á M. Gagelin que iba á ser trasladado al Thua-Thien, en el momento en que acababa de recitar su oficio, y sin haber tomado nada todavía, ni aun acabado de vestirse ; inmedia-

<sup>1</sup> Cepo que sujeta el cuello. — N. del T.

tamente se puso su balandran y su turbante, y salió de la carcel. Al ver como hasta cuarenta ó cincuenta soldados armados de picas y de sables, pregunta al guardia que le acompañaba : *Dem tao di chem sao* (¿Me llevais á degollar?) ¡U! (¡oh!) responde el soldado; y M. Gagelin replica : *Tao Khong so'nghe* (ten entendido que nada temo.) Al punto cuatro soldados, con los sables desenvainados, cogen las cuatro esquinas de la canga : colocáanse otros dos, uno delante y otro detras : los otros soldados, armados de picas, forman dos hileras á ambos lados, y dos mandarines á caballo, encargados de la ejecucion de la sentencia, cierran la marcha. Dirigense á las puertas de la ciudad, y de allí al puente..... Al salir de la carcel, el rostro de M. Gagelin estaba muy animado, luego quedó un poco descolorido, y pocos momentos despues recobró sus colores naturales.

« Cuando llegaron al mercado que hay al fin del puente, un pregonero, que llevaba en la mano una tabla en que estaba escrita la sentencia, la proclamaba á son de cimbalo de cien en cien pasos : estaba concebida en estos términos : « El europeo Tay Hoai-Hoa es culpable de haber predicado y propagado la religion de Jesus en muchas partes de este reino; en consecuencia ha sido condenado á morir ahorcado. »

« La muchedumbre que le seguia aumentaba por momentos, compadecia la suerte de M. Gagelin y decia : « ¿Qué ha hecho ese hombre? ¿por qué dar

muerte á un inocente, á un hombre de bien como ese? ¿se ha vuelto tirano el rey? » Aquella multitud de paganos, viendo el valor y la serenidad de nuestro amado martir, exclamaba : « ¿Quién ha visto nunca á un hombre ir á la muerte con tanta firmeza? » Y era porque nunca habian visto ningun martir. M. Gagelin andaba á buen paso, con ademan sereno, echando de cuando en cuando la vista sobre la muchedumbre que le precedia. Llegan al fin al barrio Bai-Dan, donde se prepara la ejecucion de la sentencia. M. Gagelin tiende los ojos en derredor de sí, y pregunta en seguida si van á ahorcarle ó á degollarle. Tienden una estera sobre el suelo. M. Gagelin pide ponerse de rodillas, pero le hacen sentarse con las piernas estiradas y desabotonarse los vestidos, de que le desnudan de medio cuerpo arriba : átanle en seguida los brazos á una estaca detras de la espalda.... M. Gagelin se presta á todo con la mayor sangre fria : le pasan alrededor del cuello una cuerda cuyas dos puntas rodean á dos estacas, sólidamente clavadas á ambos lados de la victima : diez ó doce soldados, cinco ó seis á cada lado, tiran de la cuerda con todas sus fuerzas... M. Gagelin espira sin hacer el menor movimiento, y aquel digno misionero alcanza de esta suerte la corona del martirio, entre las siete y las ocho de la mañana, el 17 de octubre de 1833. Al cabo de como hasta treinta segundos de esfuerzos, tirando de la cuerda, quebróse esta, y el cuerpo de M. Gagelin, ya exánime, se ladeó un poco : anu-

daron la cuerda, que queda atada á las dos estacas por las puntas, y los soldados sacuden la cuerda asi estirada con unos palos ó especies de palancas : luego para cerciorarse de la muerte de M. Gagelin, le chamuscan ligeramente los pies. Terminadas todas estas operaciones, y habiéndose retirado los mandarines, un discípulo del P. Odorino, que habia seguido á M. Gagelin desde su carcel hasta el lugar de su suplicio, pidió á los soldados el permiso de desatar la cuerda, tendió el cuerpo de M. Gagelin, le cubrió y se quedó á su lado hasta las diez. Cuarenta ó cincuenta cristianos hubo que quisieron tocar el cuerpo del santo martir y ayudar á meterle en el barco : lleváronle á Phu-Cam, adonde ya habia ido el P. Andrés para abrir la sepultura. En la noche del 17 al 18, el P. Andrés, despues de haber vestido el cuerpo de M. Gagelin con los ornamentos sacerdotales, como para celebrar el santo sacrificio de la misa, le enterró en un jardin en Phu-Cam. »

Pero hay, y esto no se ve mas que en el clero católico, hombres que parece como que reasumen en sí, á imitacion de Jesucristo, todos los talentos y todas las virtudes, todas las magnificencias, toda la sublimidad de su estado y, á mayor abundamiento, todas las grandezas de las familias y de la sociedad.

Tales son, en el solio pontificio, San Leon, San Gregorio, y los tres Pios V, VI y VII, *los grandes*; — en el Episcopado, San Basilio, San Atanasio, San Carlos Borromeo, San Francisco de Sales; — en

el proselitismo universal regular, San Benito, San Bruno, Rancé; — en el apostolado y el proselitismo universales seculares; San Martin de Tours, San Remi, San Bernardo, Santo Domingo, San Francisco de Asis, San Francisco Javier, San Vicente de Paul, y en muchas cosas Bellarmin y Bossuet, Jimenez y Granvela.

Tales, aun en el siglo XVIII, aquel santo abad de La Salle, que parece haber previsto nuestras sabias revoluciones, cuyo único remedio son tal vez sus niños *ignorantinos*; — y aquel santo obispo de Italia, Liguori, cuyas *Obras* literarias y personales, (los *Redentoristas*, etc.) bastarian solas para fortalecer al clero juntamente contra los otros y contra sí propio.

Tal, tambien, ese *nuevo Brydayne*, bajo el nombre de Boursoul, de quien cuenta los siguientes rasgos el presbitero Carron, su historiador y su discípulo. « Qué felicidad para vosotros, hermanos « míos, nos decía, qué delicias para mi si puedo « tener un día la dulce satisfaccion de veros á todos « allí <sup>1</sup>, y si pudiera decirme á mi mismo que he « contribuido en algo á introducirlos en tan santo « asilo! Tal será, os lo protesto, mientras Dios me « conceda vida, el único objeto de mis deseos, de « mis afanes y de mis sudores.» — En su hermoso sermón de la *Misericordia*, apenas habia, hácia la quinta frase, pronunciado estas palabras tan tiernas

<sup>1</sup> En la gloria, de que va hablando. — N. del T.

de parte del Señor: ¡*Jerusalem, revertere, Jerusalem!* vuelve, Jerusalem, vuelve á tu Dios, derramaba en los corazones la mas viva confianza, y todos estaban tentados de llorar de ternura.

« Apenas se presentaba se le leia en su frente el asunto sobre qué se proponia hablar; si era aquel la muerte del pecador, el juicio ó el infierno, una mirada sombría, un ademan consternado, la cabeza tristemente inclinada, los *ojos arrasados de lágrimas*, todo revelaba un orador agoviado bajo el peso de las terribles verdades que iba á anunciar: aun no habia desplegado sus labios, y ya el temor, el espanto se comunicaban de su alma á las de los cristianos congregados. Pero si iba á predicar la buena conciencia, la misericordia ó la felicidad de los santos, llegaba como el angel de la paz, llevando en sus ojos y en todo su continente la consoladora nueva que iba á publicar; mostrábase en cierto modo radiante y victorioso; apenas habia pronunciado las primeras palabras, y ya la dulce esperanza, la alegría de la virtud, el contento y el delirio de la felicidad se pintaban en todos los semblantes. Prestaba el auditorio una atencion tan continua á todas sus palabras que nada era capaz de distraerla; todo, hasta sus frecuentes repeticiones, que se le han achacado á defectos, producía el efecto mas sorprendente. Encorvado sobre su púlpito y apoyada la cabeza en el brazo, cuando decía hasta tres veces seguidas con lúgubre acento, alzando al cielo una mirada moribunda, estas amargas palabras: *Perdi-*

do Dios, todo está perdido, su voz lastimera era como un rayo que heria tres veces el corazon del pecador empedernido.

« La impresion que producía Boursoul sobre los pueblos fué tan profunda como duradera : en todos los sitios adonde llevó la divina palabra, observóse en las costumbres una rápida y saludable revolucion. Supo un dia que un moribundo se obstinaba en repeler los auxilios de la Iglesia; el santo hombre, despues de haber, segun su costumbre, invocado el ayuda del cielo, se presentó en la casa del enfermo para exhortarle, pero este le declaró con aspereza que no se confesaria. Boursoul, cesando de hablar, se pone en pie y se pasea largo rato por la estancia, considerando con sombría atencion, á cada vuelta que daba, á aquel obstinado pecador. Este, cansado de la tenacidad del sacerdote, y ofendido de verse examinado tan prolijamente, le dijo con desprecio que se retirase : « Quedándome aqui, no os hago ningun daño » responde con frialdad el eclesiástico, y continua andando por el cuarto. Exasperado mas y mas en vista de esto el enfermo le replica alzando la voz. — Por última vez os digo que os vayais de aqui. — « Permitidme, » replica con dignidad el hombre de Dios, « permitidme que me quede : he sido « muchas veces testigo de la muerte de los santos, « pero nunca lo he sido de la de un réprobo, y hoy « quiero serlo, pues esto puede ser util á un predi- « cador. » Esta respuesta, pronunciada con toda la seriedad de un hombre penetrado de la verdad de lo

que dice, llega hasta el corazon del moribundo : tiembla, y el terror se lee en su rostro... Aprovecha Boursoul aquel favorable momento; acércase al lecho, habla al moribundo con la espresion del mas ferviente y afectuoso celo, le confiesa, le convierte; y aquel hombre quedó tan arrepentido de su vida criminal, que quiso pronunciar una confesion, y dar una reparacion, ambas públicas. Hasta su postrer suspiro dió los señales de la contricion mas viva y sincera... Sostuvo sin interrupcion, sin tregua, las fatigas del púlpito, las penosas funciones del tribunal de la providencia; decia que queria morir con las armas en la mano, y muchas veces se le oyó repetir estando en cabal salud : — « ¡ Ah! si fuera « digno de obtener una merced de mi Dios! todos « los dias le pido el favor de terminar mi vida, ya « sea anunciando su Evangelio en la cátedra de la « verdad, ya ejerciendo en el tribunal de la peni- « tencia los derechos de su justicia y de su miseri- « cordia. »

Y en efecto se cumplió su deseo. El lunes de Pascua, 4 de abril de 1774, despues de haber dicho misa á las 5 de la mañana, de haber asistido al confesonario, de haber tenido una larga conferencia con varios eclesiásticos, y de haber hecho oracion en su cuarto por largo rato, subió al púlpito á las 3 de la tarde á predicar su sermon sobre la gloria y la felicidad de los santos. En el exordio, tuvo todo el vigor y la impetuosidad de la juventud, su voz vibraba estraordinariamente, sus movimientos eran

tan rápidos, su ademan tan vehemente, que desnaba lo que iba á decir antes de haberlo pronunciado. Al acabar el primer punto, despues de la mas patética y animada descripcion de la gloria y de la felicidad de los bienaventurados, hizo un nuevo esfuerzo y exclamó: « No, hermanos míos, jamas será dado á los débiles ojos del hombre sostener aquí abajo el resplandor de la magestad divina (y luego bajando la voz); solo en el cielo le veremos cara á cara y sin velo. » Pronunció estas palabras con voz sonora y acento penetrante, repitiólas en latin, *vidimus eum sicuti est*, y al acabarlas, reclinado en la baranda del púlpito, espiró<sup>1</sup>: sus ojos, que esta-

<sup>1</sup> « Que Boursoul, cuya elocuencia era tan vehemente cuando tronaba contra los vicios, ó hablaba de la impenitencia filial, muriere pintando los rigores de la justicia divina ó los tormentos del infierno, semejante fin no hubiera sido tan sorprendente, pues hubiera podido atribuirse á la impetuosidad de su caracter, á la fuerza de sus arranques, y al fuego de su elocuencia; pero *muere hablando muy sosegadamente de la felicidad del cielo*; muere cabalmente en el pasaje de su discurso en que repite *veremos á Dios*; muere en su último sermón de cuaresma; muere del modo que mil veces habia pedido al Señor por gracia particular... Examinemos su vida y su muerte, y convendremos en que esta es tan extraordinaria en su principio, como es edificante la otra por su santidad. »

(Nota del presbítero Carron.)

Esta especie de muerte, admirable signo de la dignidad racional é histórica del sacerdote, á los ojos del mundo y á los de Dios, solo se halla en la historia del sacerdote católico, en quien es frecuente. Y para no citar mas que ejemplos memorables; — los dos *Bourdoulou* de la Italia, los ilustres *Fornielli* y *Vitelleschi*, murieron en el púlpito; — Francisco de Sales, bajando del de S. Nizier, en Leon; — Gregorio de San Vicente, que era ademas el mas grande

ban clavados en el cielo, quedaron constantemente en esta actitud. Llenaba la Iglesia un extraordina-

matemático de su siglo, y Montgodin, admirable cura de Rennes, espiraron en el confesonario. — Mas feliz, el cardenal de Berulle, entregó su alma á Dios en el altar, y en el momento de la consagracion, y S. Andrés Avellino, en el *Introibo ad altare Dei*. — Mas felices aun, S. Pretextato, obispo de Ruan; S. Federico, obispo de Utrech; — S. Estanislao, obispo de Cracovia; — Santo Tomás de Cantorbery, fueron mártires de su valor, de su proselitismo, de su caridad, en las iglesias, haciendo oracion, y muchos ofreciendo el santo sacrificio de Jesucristo, y el suyo propio.

S. Ambrosio, Francisco Javier, muertos en viernes santos, fueron enterrados, es decir, resucitados el dia de Pascua.

Muchos murieron en el dia (que casi siempre era un gran dia, el de su santo patron ó el de la Virgen), que habian deseado ó anunciado mucho tiempo antes: — S. Francisco de Sales, el mas caritativo, el mas amante de los hombres, el dia de S. Juan, el discípulo amado y amante por excelencia: — el cardenal Gerdil. — En fin, aun en nuestros dias el elocuente Maccarthy, diciendo la víspera de su inesperada muerte: *Cras enim moriemur et erimus cum Christo*, y muriendo con efecto el viernes, dia de la exaltacion de la cruz! —; Y el admirable presbítero Cristol, cura modelo de Aix, muriendo como lo habia deseado y predicho, el dia de la Purificacion de la Virgen, á la que toda su vida habia tributado el culto mas tierno!

Feliz, lo mismo que todos sus predecesores, el digno señor Quelen, arzobispo de París, aceptando los mas largos padecimientos mejor que las venturas de los mejores tiempos de su vida, y diciendo á su clero traspasado de dolor, reunido en derredor de su lecho de muerte: « Si puedo, como lo espero, bajo los auspicios de la estrella del mar, abordar al puerto, siempre estaré en la orilla de la eternidad adonde todos ireis á arribar, para esperaros, recibirlos, y daros el ósculo de paz fraternal. Allí si que será dulce decir: *Ecce quam jucundum habitare fratres in unum!* »

Por otra parte, es notable y aun milagroso, que la mayor parte de los hereges, de los intrusos, de los apóstatas, de los antisacerdo-

rio gentío, cuya consternación fué grande y general: unos gritaban, otros lloraban; estos caían desmayados, aquellos decían en alta voz: *Es un santo; ha muerto hablando de la felicidad del cielo.* Oyóse entre todas la voz de un niño que decía: *Hablaba de la gloria y va á ella.*

« Este género de muerte hizo mucha impresión á los impíos y á los libertinos, quienes sintieron una mezcla confusa de remordimiento, de sorpresa y de admiración. Nadie pensaba en salir de la iglesia, todas las miradas estaban fijadas en el púlpito. Se asegura que una señorita que, atraída por la fama de

tes, han tenido muertes funestas, suicidas infames como sus vidas: — Judas, y la inmensa mayoría de los judíos deicidas, testigo la admirable *Historia* de Josefo, su general; — Manés: — Arrio, muerto repentinamente en un sitio secreto, la víspera del día en que sus partidarios debían llevarle en triunfo á la iglesia de Constantinopla: — Juliano, arrojando sangre suya al cielo y exclamando: *Has vencido, Galileo*: — Mahoma envenenado por una judía: — Focio: — Gerónimo de Praga y Juan Hus, muertos en el patíbulo y arrojadas sus cenizas al viento: — Lutero, á la mesa, y en medio de la algazara de un festín: — Calvino, trabajado de males, como postemas, sarna, hemorroides, piedra, gota, calenturas pútridas, fluxiones, úlceras, espantos de sangre, y en fin herido por la mano de Dios, como aquellos miserables de que habla el profeta: *Tetigit eos in posteriora, opprobrium sempiternum dedit eis.* » (*Observaciones sobre Juan Calvino, sacadas de los registros de Noyon, 4624.*) Y decía en sus *Memorias* publicadas por M. Michelet: *No quisiera ir al cielo, á condicion de vivir cuarenta años.* — Jurieu, diciendo que le parecía que le desgarraban las entrañas. — ¡Y en fin, últimamente, nuestros furiosos revolucionarios, casi todos degollados en los cadalsos levantados para los fieles y los sacerdotes!

Beursoul, le oyó entonces por primera vez, quedó tan penetrada de su discurso y de su fin, que de vuelta en su casa se la vió pisotear todas sus galas y renunció para siempre á las vanidades del mundo.»

Lo que hicieron en pequeño los individuos, los miembros, lo hicieron en grande las masas, las órdenes de la Iglesia: « Es menester confesarlo sin rebozo, decía un día el *Diario de Paris* de enero de 1840, en un artículo de M. de Feuilleide, la Iglesia en Francia ha sido la madre de todas nuestras libertades, porque la Iglesia fué la cuna de la parroquia, y la parroquia el principio del concejo. Los obispos han sido, en el sentido recto como en el figurado, los arquitectos de la Francia. — Por eso cuando para adornar la fachada de su casa de ayuntamiento, restaurada y ensanchada, tuvo la idea el consejo municipal de la ciudad de Paris de erigir estatuas á los hombres que, con sus talentos, sus servicios y sus virtudes han ilustrado nuestra antigua capital, creemos que tomó una decision justa y nacional votando estatuas á los obispos que han hecho redundar en beneficio de Paris, el influjo y el poder que debían al episcopado. — Y, cosa maravillosa, resulta que cada uno de los obispos elejidos hasta ahora, reasume en sí una de las faces y de las partes notables que han concurrido á formar el magnífico conjunto de esta institucion cristiana. — San Landry representa el poder espiritual en su sencillez y en su obra de caridad evangélica; — el obispo Goz-

lin<sup>1</sup> representa los saludables resultados que ha tenido para la nacionalidad francesa y para la integridad del reino, la confusion del poder temporal de los obispos con el poder espiritual, la union en unas mismas manos del cayado del pastor y del hacha del guerrero! Mauricio de Sully<sup>2</sup> es el representante del espíritu artistico del siglo XII. — El uno fundó el hospital, el otro libertó á Paris, el tercero edificó la catedral, ¡un asilo para los que sufren, una patria para vivir y para morir, un templo inmenso para alabar á Dios! ¡La caridad, la libertad, el arte!... Ahora bien, ¿no es este todo el trabajo social, político y religioso de la nacionalidad francesa?»

Y cuando la cristiandad entera es deudora á la Iglesia de Roma de su imperio en el universo, la Francia en particular debe hasta su fundacion á los eclesiásticos: « El obispo Bourchart de Wurtzburgo y el abad Folrad de San Dionisio dirigieron en nombre de Pepino (el Breve) y de todos los

<sup>1</sup> Este obispo, hombre de estado, fué el que, ayudado por Eudes, conde de Paris, en 885, obligó á los Normandos, hasta entonces vencedores, á levantar el sitio de esta ciudad. — Su sucesor Anshérico, atrevido y habil como él, y á su ejemplo completó algunos años despues la ruina de aquellos terribles enemigos de la Francia.

<sup>2</sup> Este Mauricio de Sully, que fué hijo de un mendigo, y mendigo él tambien, se eligió á sí mismo en cierto modo, obispo de Paris, cosa inaudita en la historia eclesiástica. Encargado por el cabildo de elegir un sucesor al ilustre Pedro Lombard, se creyó digno de serlo: « Yo no leo en las conciencias de los demas, dijo, sino en la mia, » ¡y fué proclamado, y edificó millares de almas con sus virtudes y sus fundaciones!...

*Franco* la pregunta siguiente al papa Zacarias;»  
« ¿Cual vale mas, que el titulo de rey pertenezca al que posee toda la autoridad real, ó al que no tiene autoridad ninguna? — El Papa respondió que era mejor que tuviere el titulo de rey el que tenia el poder supremo. » « Esta respuesta decidió á Pepino á aceptar el titulo que le ofreció el pueblo en la solemne asamblea de Soissons<sup>1</sup>. »

¡Verdad es que el pueblo entonces era los fieles, si no era los mismos grandes, mas fieles todavia!

¿Se dirá que han variado los tiempos?

Citaremos hechos ó autoridades que responderian á esta objeccion categóricamente.

En vista de los desastres de la revolucion de 1789, un célebre publicista, cuya opinion no es sospechosa, Burke, no vió claramente la posibilidad del restablecimiento del orden sino á condicion del regreso á Francia, de cuarenta mil individuos milagrosamente salvados, no solo de la muerte y de las violencias, mas tambien del desastroso contagio de los principios, de las prácticas y de los discursos jacobinicos, y cuyos ojos han estado preservados del atroz espectáculo de los horrores de la revolucion: Si logramos apoderarnos en Francia de un distrito dilatado, tenemos suficiente número de *médicos del alma*, y en cada parroquia podremos dejar apóstoles del orden y de la paz. Jamás se ha empleado ningun dinero mas útilmente que en el sosten de un cuerpo

<sup>1</sup> Møller, citado en la sabia y patriótica *Historia constitucional de la Bélgica*, por Amedeo Waille.



de tropas civiles, destinadas á restablecer el orden en Francia: si se hace de este recurso el uso conveniente, se le hallará inapreciable..... Lo esencial será servirse de los buenos para determinar al bien á aquellos cuyos principios, sin ser viciosos, son menos seguros, y esto se efectuará sin dificultad cuando todos los nobles estén restablecidos en sus posesiones legítimas, y cada cual, en sus estados, ayude al clero á reanimar los sentimientos de probidad, de religion y de fidelidad en el pueblo: *cuando puedan armar á los bien intencionados y desarmar á los facciosos.*»

De modo que resulta verdadera la magnífica observacion del mas grande publicista de todos los siglos, porque era el mas grande teólogo, Santo Tomas de Aquino, en su *de Regimini Principis*: « Por un admirable efecto de la Divina Providencia, en Roma donde preveia Dios que estaria la sede del pueblo cristiano, prevaleció poco á poco la costumbre de que los rejidores de las ciudades estuviesen sometidos á los sacerdotes, siendo máxima cons- tante de los Romanos colocar ante todas cosas la religion, y cultivando las cosas sagradas en la firme esperanza de que obtendrian el imperio del mundo, si vivian cuerdamente y en la familiaridad del poder supremo; del mismo modo debiendo tener la religion mas vigor y el sacerdocio cristiano mas dominio en Francia que en los demas países, aconteció, por un efecto de la voluntad divina, que los druidas fueron los intérpretes del dere-

« cho. Los obispos les sucedieron é hicieron la Francia nueva como los primeros habian hecho la Galia. »

Esto habla con el clero ilustre y con el clero popular.

Ahora bien, es menester no olvidarlo: — ¡el clero no célebre, el mas numeroso, es seguramente el mas útil y acaso el mas grande!

Aranquémosle del seno de la sociedad, supongámosle ausente por un momento al cabo de mil ochocientos cuarenta años que lleva de ser el alma y el brazo de ella, y sucederá en costumbres, en gobierno, en orden público, lo que sucedería en literatura, en filosofia, en legislacion faltando la Biblia.... no quedará mas que un segundo caos....

Y cierto que hoy, mas segura y visiblemente que en ninguna otra época, si la Europa, sacudida hasta en sus cimientos, pudiera volver á recobrar su perdido equilibrio, seria solo, como en la edad media, y como siempre, por medio del clero, y sobre todo del episcopado:

..... Si Pergama dextra  
Defendi possent, etiam hac defensa fuissent.